

EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES EN LA LIBERACION NACIONAL.

Esta pregunta, a la vez que apasionante, encierra una trampa. No puede ser respondida por cualquiera: es decir, no corresponde a un intelectual darle respuesta, sino a un campesino o a un obrero. Son ellos quienes verdaderamente podrían decirnos si sienten en su lucha la necesidad del intelectual; y no debe ser éste quien defienda su propia causa. Añados que haya participado realmente en un combate arduo, con los riesgos y peligros que comporta, toda respuesta cuya a esta pregunta corra el riesgo de convertirse en una comedia del espíritu, en un arranque de vanidad.

La dificultad reside en que el campesino o el obrero de que hablamos no tienen derecho a la palabra; en primer lugar porque no se les ha dado ese derecho, y luego porque no tienen posiblemente nada que decir, porque no sienten ninguna necesidad de liberarse, al no saberse explotados y humillados. Es una peregrinada reconocer que la conciencia de ser pueblo y de ser un pueblo es dada a este por el intelectual el notario Babeuf, el abogado Robespierre, el sabanita Danton, el hombre de negocios Engels, el profesor Marx, para no citar mas que el ejemplo de Europa.

Que es lo que distingue las dos violencias, la inútil de la útil, la que es síntoma de un embarazo histórico de la que provoca el parto fisiológico? Es justamente, el hecho de que la violencia que provoca dicho parto esté penetrada de teoría, y de que la teoría sea hecha por los teóricos, hombres que se relacionan primero con los libros, antes de hacerlo con los hombres o con la materia; hombres que necesitan de la soledad para leer y de una botaca para escribir. Todo esto -se dirá- es bien conocido. Pero se olvida periódicamente. Cuando Lenin lo recuerda, provoca un escándalo. Entre quienes? Entre los obreros, los sindicatos, los jornaleros, la gente del pueblo. El fundamento escandaloso del leninismo & -ya presente en la naturaleza espontánea del movimiento obrero, que tiende a rechazar el sentido psicoanalista del término- reside en que la teoría marxista ha sido importada desde afuera por el movimiento obrero: en que treinta siglos de huelgas, de paros y de barricadas no habrían sido nunca capaces de engendrar esa inmensa y sinuosa obra de sabio llamada "El Capital". Nada es más antileninista, nada es más contrarrevolucionario que la línea recta, con todas sus variantes, "la locomotora de la historia", la sempiterna rectitud inherente a los impulsos populares, y la pureza de las intenciones.

La política no surge en línea recta de la economía, el partido no es la prolongación del sindicato, y la revolución no se encuentra jamás en el final del camino. Para pasar de uno a otro hay que dar un salto, de conciencia y de voluntad. El intelectual revolucionario formula la teoría de este espacio a franquear -en tanto que intelectual y que sabio, para aplicar en la práctica este salto- como revolucionario. Esto, en lo que se refiere a los principios, que no porque lo sean vale menos la pena enunciárselos.

Los principios tienen una manera propia, tristemente humorística, de acudir a nuestra mente: creemos tenerlos detrás de nosotros, bien enterrados, y he aquí que nos sorprenden por delante, bajo la forma de urgencias prácticas, de tiempo perdido a recuperar, y de vidas que defender. El principio según el cual "sin teoría revolucionaria, no hay práctica revolucionaria", esta verdad austera que habíamos engavetado, bajo el atoleamiento que nos produjeron los primeros años de la revolución cubana, resurge de pronto del fondo de todas las montañas de América, en donde los hombres combaten y mueren. No hace falta que mueran en vano, que estos sacrificios sean inútiles. Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú, mañana Brasil y cualquier otro: allí se lucha, y la lucha que allí se lleva a cabo es cada vez más dura. Ahora bien, una cosa es hacer la guerra y la otra es ganarla.

Hoy en América Latina, ganar la guerra contra el imperialismo exige un gigantesco trabajo teórico, a la altura del enemigo, de su determinación y de los medios de que dispone. Por qué otra razón entonces "che" Guevara, con tanta insistencia, transformó su experiencia personal, inco-municable, en reglas de un método objetivo, aplicadas en primer término al plano de la lucha insurreccional -teoría del foco-, y luego al plano económico -teoría del imperialismo y el mercado mundial-?. Cuba triunfó de la espontaneidad revolucionaria, ha significado también la muerte de ese espontaneísmo. Hoy, con más urgencia aún que ayer, se pide de los revolucionarios una audacia inteligente. Los hechos reclaman de ellos el abandono de ese lenguaje formulista, en el que el llamado a los valores morales encubre la carencia de análisis comprensivos, para reconstruir el lenguaje del conocimiento, conocimiento de los puntos fuertes del enemigo y de los puntos débiles propios, lenguaje que con todo derecho esperamos del intelectual revolucionario.

Lo demás es valentía. Corresponde igualmente a los intelectuales desencadenar la lucha: Fidel, Luis de la Puente, Douglas Bravo y tantos otros "pequeños burgueses", tienen que pagar el fuerte precio característico de los comienzos, en países sin un pasado obrero, sin organizaciones sedimentadas por el tiempo. Y luego fundirse con el pueblo -campesinos agrícolas, pequeños propietarios, indígenas-, ligarse a sus dolores, prestar una boca y un arma a sus mudas necesidades. El castrismo reclama mucho del intelectual: le pide que sepa aprender una humildad alerta.

Y el artista? Y el creador? Seré franco. No se ha encontrado todavía mejor medio para rendir testimonio del hombre que el de sorprenderlo en sus cúspides. Que el de seguirlo cuando, se dirige hacia ellas. Si bien el arte se ha convertido en Europa en su propio objeto, en un indefinido juego de espejos, son sin embargo numerosos los que en Europa esperan de las luchas de liberación nacional esos "gritos escritos", que despojarán a los hombres de hoy -nosotros- de su máscara de cultura carnavalesca, de su máscara de hombres educados, oscurecidos, que les devolveré su verdadera voz, desnuda, en la que quizás podremos, sin narcisismo, reconocernos, sorprendernos, con temor. Si los creadores latinoamericanos se dedican a buscar un abrigo en los libros de Europa, perderán su oportunidad irremediable, la oportunidad de un arte más duro, más permanente. Será lamentable, no sólo por los lectores que no tendrán, sino también por ellos, por los artistas universales que no llegarán a ser. Y las revoluciones en marcha harán venir de otras partes sus testigos, sus configuradores, como España hizo venir sus Hemingway, sus Dos Passos, sus Malraux...

Malraux ha dicho en alguna parte: "Un intelectual no es solamente aquel que necesita de los libros, sino todo hombre a quien una sola idea, por elemental que ella sea, ordena y compromete la vida". El secreto del valor del intelectual no reside en lo que este piensa, sino en la relación entre lo que piensa y lo que hace. En este continente, quien no piensa -o en rigor, quien no piensa en la revolución-, tiene todas las probabilidades de estar pensando poco o mal. Y luego llega un momento, un momento como hoy en el que pensar no basta: en el que es necesario aprender, de y en la lucha revolucionaria, a pensar mejor la vida de todos. Y ya que heais citado sus nombres involuntariamente, volavamos a ellos: hombres nacidos de esta América como Fidel Castro y Ernesto Guevara, no delinear, sin ellos ni nosotros saberlo, la verdadera figura del intelectual, elevada a su más alta incandescencia?.

REGIS DEBRAY